

XXI Domingo del Tiempo Ordinario B

Jos 24, 1-2ª. 15-17.18b; Sal 33; Ef 5, 21-32; Jn 6, 60-69

«Después de oírlo, muchos de sus discípulos decían: "¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?". Jesús, sabiendo lo que sus discípulos murmuraban, les dijo: "¿Esto los escandaliza? ¿Qué pasará, entonces, cuando vean al Hijo del hombre subir donde estaba antes? El Espíritu es el que da Vida, la carne de nada sirve. Las palabras que les dije son Espíritu y Vida. Pero hay entre ustedes algunos que no creen". En efecto, Jesús sabía desde el primer momento quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar. Y agregó: "Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede". Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de él y dejaron de acompañarlo. Jesús preguntó entonces a los Doce: "¿También ustedes quieren irse?". Simón Pedro le respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios".»

El evangelio de la presente semana comienza diciendo "...es duro este lenguaje..."; si hemos escuchado atentamente la primera lectura del libro de Josué, cuando el pueblo respondiendo a la pregunta de Josué dice: "...lejos de nosotros abandonar al Señor...", no es una respuesta de carácter afectuoso a Dios, ya que detrás del contenido de esta respuesta está toda la historia de salvación que Dios ha hecho para con su pueblo, empezando desde Abraham. Esto quiere decir, que el pueblo es consciente que las promesas que hasta ahora ha recibido por parte de Dios, Él las ha cumplido, y al mismo tiempo es consciente que esta fidelidad del cumplimiento de las promesas de parte de Dios, se contrapone a la infidelidad de ellos, que en medio de sus dudas, de la dureza de su corazón y de su rebeldía no se han visto rechazados por Dios. Entonces cuando le dicen a Jesús: "...es duro este lenguaje..." el evangelista nos está manifestando que cuando el hombre está ciego ante la historia de salvación que Dios realiza en su vida, rechaza todo aquello que viene de parte de Dios, tantas veces sin entenderlo, por eso en los evangelios sinópticos aparece la curación de los ciegos, porque el pecado ha debilitado tanto nuestra naturaleza que nos impide ver la historia de amor de Dios; el evangelista a continuación pone: "...y murmuraban de él...", como expresión de un rechazo y prejuicio de la historia de amor de Dios, que por la dureza de corazón no esta de acuerdo a las urgencias o expectativas de los hombres.

En este sentido el Papa Benedicto XVI nos dice: «... También hoy muchos se escandalizan ante la paradoja de la fe cristiana. La enseñanza de Jesús parece "dura", demasiado difícil de acoger y de practicar. Entonces hay quien rechaza y abandona a Cristo; hay quien trata de adaptar su palabra a las modas desvirtuando su sentido y valor. "¿También vosotros queréis marcharos?". Esta inquietante provocación resuena en el corazón y espera de cada uno una respuesta personal. Jesús, de hecho, no se contenta con una pertenencia superficial y formal, no le basta una primera adhesión entusiasta; es necesario, por el contrario, participar durante toda la vida en su pensar y querer. Seguirle llena el corazón de alegría y dan sentido pleno a nuestra existencia, pero comporta dificultades y renunciaciones,

pues con mucha frecuencia hay que ir contra la corriente...» (Benedicto XVI, 23 de agosto de 2009).

Este lenguaje es duro, como lo señala el evangelista porque detrás del discurso del pan de vida, que escuchamos la semana pasada, tenemos todo el misterio de la pasión redentora de Cristo. Cuando Cristo invitaba a sus oyentes a comer su carne y beber su sangre, está anunciando que la obra del Padre culminará en su muerte redentora en la cruz, muerte con la cual redimirá a todo hombre de la muerte y del pecado. Al respecto nos dice el Beato Papa Juan Pablo II: «...La meta y el término de nuestra vida es él, Cristo, que nos espera, a cada uno y a todos juntos, para guiarnos más allá de los confines del tiempo en el abrazo eterno del Dios que nos ama. Pero si la eternidad es nuestro horizonte de hombres hambrientos de verdad y sedientos de felicidad, la historia es el escenario de nuestro compromiso diario. La fe nos enseña que el destino del hombre está inscrito en el corazón y en la mente de Dios, que gobierna los hilos de la historia. Y nos enseña asimismo que el Padre pone en nuestras manos la tarea de comenzar ya desde aquí la construcción del reino de los cielos que el Hijo vino a anunciar y que llegará a su plenitud al final de los tiempos...» (Juan Pablo II, Mensaje a los jóvenes para la XI Jornada Mundial de la Juventud, 26 de noviembre de 1995)

La respuesta de Pedro casi al final del evangelio, ante la pregunta de Jesús: "...también ustedes se quieren marchar..." tiene un gran significado: "...Sólo tú tienes palabras de vida eterna...". Esta respuesta de Pedro, que el evangelista pone en sus labios, está expresando la fe de la comunidad cristiana en el Cristo resucitado, pues solamente después de una experiencia de encuentro con Cristo resucitado el hombre puede decir: "...a dónde iremos, sólo tú tienes palabras de vida eterna...". Porque el hombre cuando en su vida es tocado por el don de la fe que surge por la experiencia histórica concreta del encuentro personal con el Dios vivo, entonces el hombre de fe puede vivir como nos dice el evangelio de Mateo: "...buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura...". Por ello el Papa Benedicto XVI nos dice: «...casi nadie habla hoy de la vida eterna, que en el pasado era el verdadero objeto de la esperanza. Porque no se osa creer en ella, se genera la necesidad de obtenerlo todo en la vida presente. Dejar de lado la esperanza en la vida eterna lleva a la avidez por una vida aquí y ahora, que se convierte casi inevitablemente en egoísta y, al final, permanece irrealizable. Incluso cuando queremos apoderarnos de la vida como una especie de bien, ella se escapa. En medio de un mundo confundido que propone distintos caminos es necesario decir junto a Pedro: "¿Señor a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios..."» (Benedicto XVI, Mensaje a los participantes del II Encuentro Ecuménico en Munich, 12 de mayo de 2010)

Esto nos da a entender que algunas veces sin darnos cuenta antepone las cosas que necesitamos, o nuestros propios planes a la acción de Dios. Entonces en la vida de tantos creyentes se da el vacío que es el abandono de la confianza en Dios, pues muchas veces pensamos que creer en Dios significa creer en aquello que Dios nos tiene que otorgar. La fe según el espíritu del evangelio, la fe que nos ha revelado Cristo, es la fe que se expresa a través del abandono y la obediencia a la voluntad de Dios Padre; por ello San Pedro en el evangelio dice: "...a dónde iremos Señor,

sólo tú tienes palabras de vida eterna..."; para que nuestra vida la vivamos en la garantía del amor de Dios, unámonos a San Pedro y ante lo novedoso y cautivante de esta sociedad moderna, podamos decidir y decir: hacia dónde iremos, o hasta dónde llegaremos, porque sólo apoyados en Dios recibimos y vivimos en este mundo un anticipo de la vida eterna; y diremos como el salmista: "...el Señor es mi Pastor nada me falta..."

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar

poscarbalcazar@diocesisdelcallao.org